

el poder de crear cuanto puede contribuir al bienestar del hombre, el de destruir los elementos que pudieran servir de estorbo a su prosperidad i sus progresos, i por último el de influir con poderosa eficacia sobre su desarrollo intelectual. Las obras mas admirables del saber humano, son sin duda creacion de su poder inmenso. Fijémonos sino en las naciones mas distinguidas de la vieja Europa, i las veremos sembradas de monumentos de esta especie. La Inglaterra, sobre todas, mediante la cooperacion de algunos de los sábios que se han dedicado al cultivo de esta ciencia, ha emprendido i realizado en el presente siglo infinitas obras, que, al mismo tiempo que admira el mundo, son otras tantas fuentes de la riqueza prodijiosa de esta nacion privilegiada.

Siendo todo esto una verdad demostrada, es altamente lamentable el descuido o la indiferencia con que se ha mirado en nuestro pais el estudio de una ciencia de tanta importancia. Multitud de preocupaciones, hijas de una ignorancia vergonzosa, se levantan aun en contra de este precioso estudio. La jeneralidad de nuestros compatriotas ha considerado, i aun hai algunos que consideran todavia, esta sublime ciencia, como un ejercicio puramente mecánico i que en manera alguna contribuye a la elevacion i desarrollo de las nobles facultades del espíritu. ¡Triste es decirlo! pero la mayor parte de los que gozan en la sociedad de una posicion ventajosa, la desdeñan, i apartando a sus hijos de tan útil estudio, sofocan en la oscuridad los talentos mas brillantes i privan a la patria de su mayor tesoro. Los jóvenes, ademas, imbuidos en semejantes principios, se resisten al estudio de cualquiera ramo que no sea de una aplicacion esclusiva a la Topografía; siendo que esta parte de las matemáticas, es acaso una de las mas insignificantes de su vasto objeto.

Pero, por mas que estos obstáculos parezcan insuperables, i aunque su destruccion, mas bien que de nuestros esfuerzos, será el resultado de la marcha progresiva de los tiempos, debemos alentarnos, sin embargo, por los paternales esfuerzos que en estos últimos tiempos ha hecho el Supremo Gobierno, a fin de sacarnos de tan funesto abandono: él ha creado diversos establecimientos de este jénero, en que haciéndonos palpar todas sus ventajas, despertará al fin nuestro entusiasmo por el cultivo de una ciencia tan practicable i de tan felices resultados. Entre estas diferentes creaciones, la mas importante es, sin disputa, la honorable corporacion a que desde hoy tengo el honor de pertenecer. Apoyado con el auxilio de los distinguidos sábios que la componen, consagraré a ella todos mis esfuerzos, i si alguna vez logro que mis trabajos le sean de alguna utilidad, habré principiado a satisfacer la inmensa deuda que contraigo al ser admitido en su seno.

---

*DISCURSO pronunciado por DON CARLOS RISO PATRON ante la Facultad de Humanidades el dia 16 de Enero de 1852, para efectuar su incorporacion como miembro de dicha facultad.*

Señores:

Vosotros, que conocéis mejor que nadie los placeres que produce el cultivo de las ciencias; vosotros, a quienes la lei ha confiado el sagrado depósito de la educacion; que, encargados de edificar sobre ella el porvenir de Chile, la habeis organizado ya en gran parte, sin olvidaros de reglamentarla desde la que debe recibir la mas tierna juventud; que en vuestra corta pero brillante carrera habeis echado los cimientos de

la literatura nacional i recojido los primeros laureles con que ha coronado vuestros trabajos la gratitud nacional; vosotros comprendereis fácilmente mi profunda gratitud al Supremo Gobierno por haberme nombrado uno de vuestros miembros, i puéstome en camino de participar de vuestros importantes trabajos. Me asocio a ellos con la seguridad de que nada de valor podré hacer a causa de mis débiles fuerzas; pero con la confianza de que, cualesquiera que estas sean, harán todo aquello de que son capaces mediante el auxilio de vuestras luces.

Bien sabeis que por algun tiempo he estado encargado de la enseñanza del idioma patrio; i en los cortos estudios que de él he hecho, he reconocido la necesidad de cultivarlo con esmero, a causa de los innumerables abusos que en él han introducido las malas traducciones del frances. Conozco que no soi el primero en denunciar este mal, i que una excelente gramática salida de vuestro seno se ha propuesto, entre otros objetos, remediarlo. Pero, si al dirigirme a vosotros por la primera vez, voi a hablaros sobre él, es porque siempre hai cosas mui sabidas i que sin embargo se toleran i no se sienten. Una voz mas que se levante contra él impedirá siquiera que se le dé ese pasaporte con que al cabo se admite con indiferencia lo que al principio se rechaza i despues se sufre, aunque con alguna repugnancia. Tampoco voi a indicar sino mui lijeramente el remedio que me parece mas urgente recomendar, dejando los demas a los ulteriores trabajos de la Corporacion, porque la materia seria de lo contrario demasiado larga para este momento.

Una creencia mui jeneral atribuye a la influencia del idioma frances la corrupcion i los abusos introducidos en el castellano. Los que asi piensan se sublevan contra toda innovacion tomada de aquella lengua. Otros por el contrario, deseosos de nuevas adquisiciones, aceptan sin el menor escrúpulo cuanto creen encontrar de nuevo en los escritores franceses. Los primeros se encierran en un estrecho i severo purismo: los segundos, por el contrario, abren ancha puerta a todas las innovaciones.

Unos i otros, aunque por opuestas sendas, van completamente extraviados. Dificil seria señalar hasta qué punto son razonables i fundadas ambas opiniones; pero es un hecho innegable que ambas son verdaderas supersticiones igualmente corruptores del idioma; i creo que solo el estudio detenido de la lengua podrá preservarla de la decadencia a que por tan diversos medios la conducen.

No faltan afortunadamente personas de gusto i conocimientos que no se dejan arrastrar a uno ni otro extremo; pero se ven por otra parte tan plagados nuestros escritos de frases i voces estrañas, que no creo inoportuno hacer aquí una breve reseña histórica de nuestra lengua, con algunas lijeras observaciones, a fin de señalar a los que así escriben la verdadera causa del mal, aunque tomando el asunto desde bien añas, con el objeto de señalarles la fuente en que han de beber su desengaño.

Mui diversos fueron los elementos que entraron a formar el idioma castellano. En ellos se cuentan no solo los varios idiomas antiguos de tantos pueblos que el comercio i las vicisitudes políticas de los imperios llevaron a cultivar i poblar el suelo de la España, si no tambien los varios accidentes propios del clima i la naturaleza del suelo, que así como la forma de gobierno, la relijion i las alternativas en la fortuna de las naciones, contribuyen a formar la indole, el carácter i el gusto de sus habitantes. Si es una verdad que el idioma sigue la suerte de la literatura de un pueblo, no es ménos cierto que tambien sufre las alternativas de la sociedad; que crece i se eleva cuando esta prospera i se engrandece, i decae cuando esta se abate i dejenera. Ambos siguen una marcha paralela, si puedo espresarme así.

Cuando la historia de todos los pueblos no fuera una elocuente demostracion de esta verdad, bastaria a convencernos la historia de la lengua castellana. No creo necesario ni propio de este lugar, como ya he dicho, el largo trabajo de presentarla en toda la estension que pudiera, i una lijera idea bastará al objeto que me propongo.

Nació el idioma que hablamos con la monarquía de los Visigodos, i entónces no fué mas que un dialecto, una especie de jerga formada de la fusion de la lengua de aquellos bárbaros con la de los Romanos, que entónces era la jeneral en la península. Digo jeneral porque es un hecho reconocido que el latin no era el único idioma que hablaban aquellos habitantes. Los primitivos pueblos tenian tambien el suyo propio; algunos restos habian quedado de la dominacion Cartajinesa; el comercio con los Griegos habia tambien dejado no pocos rastros de su benéfica influencia, i hasta se encuentran algunas voces de la lengua Hebrea. No merece tomarse en cuenta la pequeña parte que pudo tocar a los otros pueblos bárbaros que a un tiempo con los Visigodos inundaron la España.

Establecida la unidad de gobierno por la primera monarquía Goda, era mui natural que se estableciese tambien la lucha entre tan varios elementos, hasta constituir la unidad del idioma; i nada mas natural tampoco que la principal influencia tocase al idioma del pueblo, que era entónces el latin, i al de los conquistadores, que era el dialecto teutónico. La fusion se operó con ventaja del primero, porque a pesar de ser el de los vencidos, era al cabo el mas culto, i no hai fuerzas humanas que estorben la influencia de la ilustracion. Asi sucedió en efecto, i hubo de nacer el *romance*: tal se llamó el dialecto popular, como si hubiese querido reconocerse, al darle este nombre, que el idioma de los *romanos*, al cabo de esta lucha inevitable, habia sido el padre de nuestra lengua.

Una que otra muestra nos ha quedado de lo que alcanzó a ser el romance durante los tres siglos que duró la primera monarquía Goda, i esas muestras nos lo presentan todavia duro i bárbaro. Se conoce que luchaba ya por sacudir la aspereza con que habia salido de los dialectos del norte, i por la cual la desdenaban los sabios i lo rechazaban las actas públicas, cuando recibió otro elemento no ménos poderoso que los anteriores. Con la conquista de los Moros vino la lengua de los Arabes, que debía tener sobre él una irrosistible influencia. Una lengua victoriosa, al mismo tiempo que la mas ilustrada de la época, no podía ménos que pretender conquistar la mayor parte, sino la principal, en la fusion que entónces se operaba en la Castellana. La España opuso al conquistador la fuerte resistencia que su relijion i su indomable carácter exijian. Pero al fin sus armas tuvieron que encerrarse en un rincon de la Península, miéntras que el vencedor la ocupaba casi toda i le imponia su civilizacion. Trubóse entre ambos la lucha mas obstinada, i durante siete siglos no dejaron un instante de disputarse el terreno; los sucesos fueron varios, i despues de un continuo flujo i reflujó en que ya los unos, ya los otros, ganaban lo que acababan de perder, vemos por fin que la antigua monarquía quedó definitivamente dueño del territorio.

Durante este largo periodo logró no sucumbir nuestra lengua i no perderse en la del pueblo conquistador; pero no pudo evitar que un pueblo culto en alto grado, bizarro, caballeresco, jeneroso, valiente, apasionado, le imprimiese en gran parte su jenio oriental, su entusiasmo, su imaginacion, su delicada sensibilidad. En un país meridional como la España, de un clima privilegiado, de una naturaleza engalanada con cuanto puede inspirar a la imaginacion, excitar la pasion, animar el sentimiento, era imposible que no encontrase el conquistador las mayores simpatias i la mejor disposicion a la unidad de carácter i de literatura. Otras causas, como la relijion i la consiguiente firmeza de un pueblo que se obstinó en reconquistar su independencia i nacionalidad, estorbaron esa unidad; pero la influencia se hizo sentir.

Este periodo de siete siglos es el de la verdadera formacion del Castellano, asi como es tambien el de la verdadera formacion del pueblo Español. Admira ver con cuánta rapidez se engrandeció la monarquía goda; tambien sorprende ver que el lenguaje hizo tan extraordinarios progresos, que de un siglo a otro suel encontrar

una diferencia que parece exigir el trascurso de muchos siglos. Es verdad que no siguió sin interrupcion esa progresion siempre creciente. El siglo trece, por ejemplo, dejóse mui atras al anterior, i sin embargo no vemos que se hubiese avanzado más en el catorce. Pero de todos modos el romance llegó a ser el idioma popular, el idioma oficial i de las actas públicas, el de los nobles i los sabios, i por fin el idioma de la poesia. En él se escribieron ya los códigos, en él cantaba el pueblo las hazañas de sus héroes, él fué en fin el intérprete de la galanteria de los caballeros.

Por un lado el latin le imponia la construccion de su frase i su periodo, con el esfuerzo que los sabios i los hombres de letras hacian por restaurar la literatura de los romanos: tenia ademas la ventaja de ser el idioma de las ceremonias de la religion. Por otra parte los Arabes, cultos i sabios, habian de enriquecer el idioma con las voces propias de las ciencias i las artes que cultivaban con admirable éxito. No será extraño entónces que al terminar el siglo quince, en la época de Isabel i Fernando, cuando la España se encontró dueño de su territorio, con un gobierno firmemente organizado, con un pueblo rico, civilizado e industrial, con una nobleza culta, hábil i emprendedora, en fin, cuando la España parecia dispuesta a derramarse de su propio territorio i preparada a conquistar el mundo entero, no será extraño que se encontrase entónces con un idioma culto, rico, sonoro, armonioso, enérgico, i numeroso.

Con lo que habia heredado del latin habia conseguido ser fluido, suelto, armonioso, imitativo, suave, flexible, lleno, significativo i enérgico. No pudo alcanzar tan en alto grado algunas de estas cualidades, a causa de las preposiciones i articulos con que tuvo que suplir la falta de inflexiones en sus nombres i verbos, i por carecer de la necesaria libertad de la hipébaton. Pero en cambio se vió ménos espuesto a caer en anfibolijas; su mayor número de letras le hizo mas copioso i sonoro; el uso de los afijos, tomado de los orientales, le hizo mas delicado; la mayor suavidad de algunas de sus letras i el cuidado de no encerrar sus vocales entre muchas articulaciones directas e inversas, como lo consiguió, le hicieron mas dulce; la variedad de su acentuacion, que le permitia reforzar la última sílaba, le dió mayor variedad, gala, espresion i tono musical; las muchas terminaciones, palabras i jiros que tomó del griego le dió mayor riqueza en el estilo comun i en el de las ciencias, i le hizo adquirir cierta gracia, a que se prestaba admirablemente por sus articulos, como el el griego. Si las terminaciones de este idioma le hicieron mas rotundo, la varia estension de sus palabras i sobre todo la frase ciceroniana le hicieron lleno, grave i majestoso.

Pero si tan bien habia sabido aprovechar cuantos elementos encontró en la península, no se crea por esto que todas sus ventajas las tomase de extraña fuente. Ya he dicho que el clima de la España, su suelo cubierto de cuantas galas puede ostentar la mas rica naturaleza, sus rios, sus valles, todo debia encender la imaginacion, todo inspiraba el entusiasmo i el deseo de agradar, todo hacia que la pasion se comunicase con vehemencia i el sentimiento se manifestase esquisito i delicado. I era imposible que el lenguaje no participase de este carácter, como su natural intérprete.

Por otra parte los saraos, las justas i torneos en que tanto se complacian los reyes, los amartelamientos i amorios de una corte tan caballeresca i galante, dieron a la lengua la nobleza, galanteria, agudeza, espresion, nervio, jovialidad i cultura. A esto se agregaron «aquellas costumbres moriscas, en que, segun la bella espresion del señor Quintana, se unian tan bellamente el esfuerzo i el amor, aquellos moros tan bizarros i tan tiernos, aquel pais tan bello i delicioso, aquellos nombres tan sonorosos i tan dulces; todo aquello en fin que contribuye a dar novedad i poesia a las composiciones en que se pinta: así es que los romances moriscos principalmente están escritos con un vigor i una lozania de estilo que encantan. A los desafíos, cabalgatas i divi-

sucedieron los campos, los arroyos, las flores, las cifras en los árboles, todo aquello que daba a los romances amenidad i sencillez.»

Con tan felices elementos contaba el idioma cuando la España aspiró a conquistar el mundo. En su marcha triunfante por casi toda la Europa, recojió las mas ricas prescas de los otros idiomas del continente, i adornada la lengua de los mas ricos despojos, se ostentó en su mas alto grado de riqueza, progreso i cultura hasta mas allá del siglo diez i seis. Llegó a ser en esa época mas popular en toda la Europa que lo es ahora la lengua francesa: hecho elocuente que prueba haber sido el mas propio para todo jénero de estilo i producciones. Entónces florecieron esa multitud de escritores i poetas que el mundo ha inmortalizado i cuya numeracion me pondria en la necesidad de hacer una larga lista.

Pero tuvo que pagar su tributo a la fortuna. Con los últimos reyes de la dinastía Austriaca, la España sufrió el azote de las mas terribles calamidades. Se despobló su territorio por la emigracion al nuevo mundo, i por las guerras de ambicion sostenidas en el continente. Con la espulsion de los moriscos fué desterrada la industria; el peso enorme de los tributos dejó casi vacias las fábricas; a falta de manufacturas que oprimir, el fisco oprimió a los labradores con excesivos impuestos; los propietarios territoriales abrumados por la tirania, abandonaron el cultivo de las tierras; las necesidades del estado obligaron a vender los titulos de nobleza; la administracion interior, ya estraviada, se corrompió; la guerra mal dirigida en el exterior no hizo mas que apurar los últimos recursos del territorio para conservar una sombra de poder en las provincias de mas allá de los mares. Para colmo de desgracia, la inquisicion se convirtió en un tribunal de fanatismo que oprimió el jénio i la conciencia bajo el peso de su terrible persecucion.

¿Qué habia de suceder bajo este réjimen opresor? El resultado era fatal. La España dejeneró, cayendo en la inaccion i casi en la barbarie. Esa enerjia, esa fuerza de carácter que habia desplegado para sostener su nacionalidad, se convirtió en estúpido desprecio por las luces i las costumbres de los otros pueblos vecinos, que se ilustraban i se civilizaban rápidamente. Orgullosa de su antigua gloria i su pasada grandeza, trató de alimentarse con la exajeracion de sus recuerdos: su cortesía se convirtió en pesado ceremonial: su galanteria, su elegancia, todo en simulacro estravagante de lo que fué.

Era imposible que su literatura i su idioma se sostuvieran en tan peligrosa pendiente. Con la escuela gongorina comienza en efecto esa época de decadencia del lenguaje, que abrazó la mayor parte del siglo diez i siete i no pequeña del diez i ocho, época que empezó por enervar su gallardía a fuerza de adornos i a estragar su riqueza a fuerza de hinchazon i falso oropel, i acabó por hacerlo ininteligible con el culteranismo i la afectacion en las voces i en la frase. Si la España hubiera podido pasar del cultivo de la poesia, en que habia progresado tan admirablemente, al cultivo de la sana filosofia, de las artes i las ciencias, a que la convidaba la natural marcha de la civilizacion en esa época, su literatura i su idioma se habrian enriquecido con cuanto exigen las necesidades de las artes i con cuanto necesitan las discusiones científicas i filosóficas para transmitir las ideas mas nuevas i abstractas. No era pobre a la verdad en esta parte; pero los nuevos progresos de la civilizacion trajeron nuevas exigencias, i el castellano no habia acomodado a su indole mil voces científicas i técnicas que ya era fuerza admitir.

Estas dos causas la prepararon a recibir la influencia de su vecina, que por la misma época hacia admirables progresos. La rama de los Borbones se sentó en el trono, i la España empezó a recibir la influencia francesa, ya en la política, ya en la civilizacion i en las costumbres. En literatura tambien la recibió, i no era posible que

el idioma se eximiese de esa lei inevitable. No teniendo producciones propias, cuanto se leia i cuanto se presenciaba en el teatro le venia de la Francia.

Desde entónces vemos levantarse esa contienda entre los puristas rigorosos, que rechazaban todo elemento exótico, i los que por otra parte, sin discrecion ni exámen, plagaban de estranjerismo nuestra lengua. Perdióse el tiempo en polémicas i discusiones, i la escuela que trató de aprovechar la nueva vida que parecia recobrar de cuando en cuando la España en el siglo diez i ocho, no pudo sostener la restauracion con el ejemplo. En vez de las nuevas producciones del ingenio, se llenaron los periódicos de artículos i disputas acaloradas, i la actividad del talento perdió miserablemente el tiempo en apolojias, sátiras i rencillas. Es verdad que en esto ganó la crítica i el espíritu de investigacion; pero no cabe duda de que la proteccion que empezó a favorecer las ciencias i las artes con Carlos III se malogró, como se malograrón los esfuerzos de la Academia, a pesar de los certámenes i los premios con que se empezaba a sostener la emulacion.

En medio de tan estéril actividad casi podria asegurarse que Iriarte, Moratin, Melendez i Jovellanos, con uno que otro mas, fueron los únicos que sostuvieron el honor del siglo diez i ocho. Es verdad que bastan ellos para sostener sin desventaja la comparacion con los mejores siglos; pero, ¿qué no se habria hecho si el talento no hubiera malogrado los favores que por todas partes se le dispensaban?

Esta breve reseña de la historia de nuestra lengua bastará para convencernos de que está mui léjos de carecer de esas dotes que ciertos escritores van a buscar en otras lenguas, principalmente en la francesa. La creen pobre porque no conocen sus recursos, i no quieren tomarse el trabajo de estudiarla. I como tampoco les permite la ignorancia conocer su verdadera índole, cuando no encuentran tan a la mano la jenuina correspondencia de una voz o una frase estraña, la prohijan sin exámen, sin darle la forma correspondiente al número i cadencia castellana, i sin el jiro que reclama la sintáxis de la lengua.

Lo peor de todo es que la ridícula presuncion de enriquecer así el castellano los hace incorrejibles i el mal irremediable; la arrogancia propia de su falta de conocimientos no les deja conocer que no hacen mas que llenarla de falsa moneda; arrinconar la verdadera riqueza que tanto costó atesorar a los grandes talentos de los buenos siglos; recargarla de voces que no necesita; llenarla en fin de elementos eterojéneos que acabarán por hacerla ininteligible i corromperla.

Difícil empresa seria hacerles comprender que la resistencia a sus inoportunas innovaciones no es eso que ellos llaman estrecho purismo. Sepan sin embargo que solo se pretende que, cuando se encuentre en una lengua estraña alguna voz que falta a la nuestra, se adopte, con tal que se le dé la terminacion i acento acomodados a la índole castellana. Así fué como la formaron i enriquecieron los mejores escritores, i así fué como pudieron dar a su imaginacion todo el vuelo de que fué capaz. Pero esta operacion requeriria estudio, i no se encuentran con valor para tomarse semejante trabajo.

No crean tampoco que se reprueban las traducciones. Hai ciertas ciencias que de pocos años acá han recibido prodijioso impulso, principalmente las naturales i económicas: otro tanto puede decirse de las artes. La España i demas pueblos que hablan su idioma no son por cierto los que mas han contribuido a este movimiento; i no traducir de los que saben mas que ellos seria negarse a tomar parte en los progresos de la humanidad, seria ciego i estúpido desprecio a las luces i la civilizacion, que los haria volver a la triste época que ántes he bosquejado. Nadie puede negar la utilidad de traducir. Léjos de eso, son las traducciones uno de los mejores medios de enriquecer una lengua: ellas son para un idioma lo que los viajes para la inteligencia. Ellas familiarizaron al castellano con las ideas de los pueblos antiguos, i le

hicieron conquistar los tesoros de los modernos. Las traducciones son en fin una especie de comercio indispensable para los pueblos.

Pero que sean útiles las traducciones no es decir que deba traducirse mal, como se hace muy generalmente para llenar los folletines de las gacetas. Una buena traducción exige más que mediano conocimiento de la lengua propia como de la del original. Pide además que el traductor esté familiarizado con la materia que la obra trata. Es una especie de nueva creación, cuyos materiales se toman de la obra original para ordenarlos conforme al genio y carácter de la lengua en que se introduce. Mas el arquitecto ha de ser tan diestro que al aprovechar los materiales no los coloque de modo que baje el estilo, ni altere la armonía del conjunto: necesita en fin tanto talento que el autor no se desconozca en su obra, si llega a verla. Traducir de otro modo es martirizar el original, trasladando las ideas en un lenguaje que les hace perder la mejor parte de su fuerza y su viveza, si es que llegan a ser entendidas, y es esparcerse además a corromper el propio idioma con palabras y frases exóticas que maltratan el oído y el buen gusto rechaza. Así se ve inundado el castellano de multitud de galicismos que lo traen tan mal parado.

¿I cómo remediarlo? Sabiendo dónde está el mal, podrá aplicarse el remedio. Varias son las causas de los abusos; pero bastará indicar las principales, que para mí son: 1.º el abandono de nuestros autores de los buenos siglos, y 2.º el desden con que se miran las lenguas sabias.

Lo que antes he dicho de las dotes que alcanzó nuestra lengua en época más feliz bastará para recomendar el estudio de los escritores que como Manrique, Garcilaso, León, Granada, Herrera, Rioja, Lope, Cervantes, Calderón y tantos otros, manejaron la lengua en todos sus tonos, la hicieron pulsar todas las fibras del corazón y la acomodaron a cuantos géneros de estilo podían apeteerse. No siempre podrá recomendarse esta lectura como un pasatiempo; pero nunca dejará de ser un estudio indispensable para conocer y aprender a manejar los innumerables recursos de la lengua. Solo así pudo restaurarla en el siglo pasado la escuela de Lusan, Cadalso y Melendez, y solo así la van haciendo recobrar su antiguo brio y lozanía los literatos del presente siglo. Hai en este estudio un escollo que evitar, y es la facilidad de incurrir en la afectación por los arcaísmos; pero las reglas del arte bastarán a enseñar las precauciones necesarias para evitarlo, y ellas por fortuna no son tampoco difíciles.

Una errada preocupación, harto jeneral por desgracia entre nosotros, aumenta la distancia con que se mira este estudio; pero es preocupación, y no debe dominarnos. Los recuerdos de nuestra emancipación del yugo colonial nos hacen mirar como reaccionario cuanto nos viene de nuestra antigua metrópoli, y la costumbre de mirar con distancia todo lo que le pertenezca nos hace negarle hasta su misma gloria. De aquí la costumbre de creer que nada ha producido y que nada es capaz de producir: error funesto, bueno solo para alejarnos de sus relaciones e inhabilitarnos para marchar a la par con sus progresos. Sobre todo, ¿hemos de hablar su mismo idioma, o pretendemos formarnos al cabo otro distinto? Si ha de ser lo primero, tengamos presente que poco tiempo se necesita para que un mismo idioma tome distinto carácter y deje de ser comun entre dos pueblos que algo difieren en clima, en instituciones y costumbres.

Igual importancia tiene el estudio de las lenguas sabias. Ya he indicado de cuáles se formó la castellana y de cuáles tomó las principales dotes que la colocan en el primer lugar entre las vivas de Europa. No pretendo aconsejar un estudio profundo de todas ellas, por más cierto que sea que no conocerá su verdadera índole sino el que haya hecho el estudio de esas fuentes. Basta el de la lengua latina, unido al que antes he recomendado, para el buen manejo de la nuestra; pero querer demostrar aquí su necesidad sería alargarme demasiado en un hecho notorio, y tomarme un trabajo

que ha sido ya perfectamente desempeñado por un individuo que pronto se asociará a los trabajos de esta corporacion.

Al hablar del estudio de las lenguas sabias, debo comprender tambien el del idioma frances, de ese frances a cuya rápida fortuna se atribuyen tan injustamente los abusos que solo la ignorancia de sus malos imitadores ha introducido en el nuestro. Este ha sido destruido por el frances, se dice jeneralmente; pero la breve reseña que ántes he presentado sobre su historia convencerá de que el castellano se destruyó por sí solo, sin que tenga derecho de culpar mas que a sus propias desgracias, i que cuando el frances se halló en estado de influir sobre él, mal podía destruir i corromper lo que ya estaba aniquilado i corrompido.

Si la lengua francesa fuera bien conocida de los que la traducen, conocerian tambien lo que es propio de su indole i sabrian evitar los galicismos. ¿Pero, qué sucede con un gran número de nuestros traductores? Salen del colejio conociendo la lengua propia mal, i la francesa peor; se creen con facilidad para entender lo que encuentran escrito en los primeros libros que caen en sus manos, i sin considerar sus cortas fuerzas i débiles años se dan por traductores; se contratan muchas veces para llenar los periódicos a dos o cuatro reales por columna, i atestan las prensas con traducciones que mas parecen lenguaje de algun frances que quiere hablar en español.

Sin conocer ántes los dos idiomas, imposible es que así no suceda. I en verdad, un milagro seria que enseñándose el frances bajo un sistema mercantil, como está sucediendo en muchas partes, i en casi todas por estranjeros que apénas saben su propio idioma i nada del castellano, un milagro seria que algun discipulo saliera distinguiendo lo que pertenece a cada lengua i pudiera evitar los escollos que ni aun se le habian sabido indicar.

No creo que por ahora estén al alcance de esta ilustre corporacion las medidas a propósito para remediar este mal; pero ellas son de su resorte, i a fuerza de constancia conseguirá al cabo ponerlas en ejecucion: por eso me limito a señalar lijeramente el abuso. Entretanto, los esfuerzos que ha hecho ya por mejorar el estudio de la lengua, en los que cabe una gloria tan principal al señor rector por sus importantes producciones, me hacen esperar lo todo de sus trabajos. Asociarme a ellos i cooperar con cuanto me permitan mis débiles fuerzas es uno de los votos mas ardientes de mi corazon.

---